

Redacción:
La Junta Directiva

Colaboradores
TODOS LOS ATENEISTAS

Plumas Noveles

ORGANO DEL ATENEO ESCOLAR

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.

Relación y Admón.
Colón, 12, bajo

Por haberse cometido abusos en la redacción del número anterior, la Junta general de esta Sociedad ha estimado que esté encargada de la dirección del periódico la Junta directiva, la cual espera que los señores colaboradores no abusen de ella, enviando artículos como el que en el número anterior figuraba firmado por..... habiéndose averiguado que la Revista ilustrada *Mundo Gráfico* núm. 106, del día 5 de noviembre de 1913, figura dicho artículo firmado por D. Rogelio Pérez Olivares, a quien presentamos nuestras excusas desde estas columnas.

TRAFALGAR

Dirigiendo Napoleón Bonaparte los destinos de Francia, llevó la guerra contra Inglaterra, arrastrando tras sí como auxiliar a España, en virtud de los tratados celebrados. Dispónense las flotas; Gravina manda la española, Villeneuve la francesa, y Nelson la de Inglaterra y después de varios estratégicos movimientos y de un funesto descalabro sufrido en Finisterre, chocan las escuadras enemigas en aguas de Trafalgar donde se da la memorable batalla de este nombre (el 21 de octubre de 1805) en la que sucumbió nuestro poder marítimo, quedando escrito en el libro de la inmortalidad los nombres de nuestros héroes Gravina, Churruca, Castaños, Alcalá Galiano y otros muchos, juntamente con el de Nelson, que como los anteriores, murió en la jornada. El triunfo fué para Inglaterra; la gloria para el heroísmo de los españoles. A Francia sólo le cupo la torpeza o deslealtad de su almirante, causa principal de esta triste pero muy honrosa página de nuestra Historia.

Desde que salieron de Cádiz, Churruca tenía el presentimiento de aquel gran desastre, como dice el ilustre escritor don Benito Pérez Galdós. El había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas. Todos sus pronósticos salieron ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que lo presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria.

F. BALLESTEROS.

CUENTO

AL FIN...

Arturo era todo un guapo chico; alto, delgado, moreno de los negros, penetrantes y pelo endrino peinado con gran esmero, estudiante de medicina, inteligente, holgazán, admirador ardiente del bello sexo y tenorio de oficio, tanto en su pueblo como en Madrid era galán de todas las damas y amigo amable y decididor de los que sin ser jóvenes presumían serlo; un perfecto calavera, no había baile chulesco a que no asistiera, ni reunión que él no amenizara con su agradable conversación, hijo de un acaudalado comerciante, era un inmejorable partido que todas las señoritas casaderas deseaban para sí, pero la que verdaderamente le amaba, la que le quería con pasión era Alicia, descendiente de modestos labradores, delicada cual sensitiva, humilde como la violeta y bella como la rosa; criada en un oculto pueblecito de Castilla y educada por una madre virtuosa y mimada por un padre anciano, cuyo ídolo era, las miradas de los jóvenes la hacían enrojecer, las palabras ingeniosas un sí es no atrevidas pronunciadas por Arturo en las reuniones a que ambos asistían, la causaban daño; éste trataba a todas las mujeres a excepción de Alicia, de igual manera, con aquéllas era galanteador y desvergonzado y en presencia de ésta tornábase respetuoso y comedido, ya que obedecía este cambio? ni él mismo se lo explicaba para tan cándida y sencilla, aquella compañera de su infancia!

La época de marchar se acercaba, Arturo tenía que partir a terminar su carrera y con el fin de despedirse de sus numerosas amistades celebra una velada a la que asistieron todos sus amigos y amigas, entre éstas se contaba Alicia, terminó la velada y Arturo comienza a despedirse, de todas lo hizo, de ellos con apretón de manos, de ellas con un piropo, pero al llegar su turno a Alicia, ésta alargó su linda manita y aquel distraído quizá, no la estrechó entre las suyas ni pronunció una palabra, fué un golpe terrible para la pobre joven, marchó a su casa y al día siguiente no pudo levantarse, la enfermedad progresaba, a los dos días Alicia deliraba pronunciando palabras incoherentes que en vano sus padres se esfuerzan por explicar.

Arturo, entre tanto, se divierte en Madrid sin acordarse de su pueblo, ni mucho menos de la que por él padece peligrosa enfermedad; se examina y un nuevo triunfo corona su carrera; ya es médico y gozoso marcha al lado de sus padres.

La enfermedad de Alicia toma un aspecto alarmante y el viejo doctor que diariamente visita a la enferma cree necesaria una consulta y ruega al médico novel a que vea a su antigua compañera y a que con él estudie su padecimiento ¿había comprendido algo el anciano? Arturo no se hizo de rogar y ambos se dirigen al domicilio de Alicia y allí el insensible calavera no pudo dejar de conmoverse al ver el cuadro que formaban una niña gravemente enferma y unos padres desconsolados. Penetraron en la estancia de la paciente y ésta al ver a su amigo no pudo reprimir un gesto de sorpresa, una dulce sonrisa asomó a sus labios y un vivo fulgor iluminó sus ojos; el anciano médico que atento estudiaba a la joven no dudó más y llevó a Arturo fuera de la habitación le dijo: «Compañero, le deseo muchos triunfos en su carrera y quiero que la salvación de esta joven sea el primer paso que dé hacia la gloria; mas antes de abandonar en sus manos la obra por mí empezada he de hacerle una advertencia, Alicia no padece físicamente, su cuerpo está sano, la herida es su alma y esa herida es necesario cicatrizarla, yo me siento incapaz y en Ud. confío ¿entiende?» Arturo contestó: «Pondré de mi parte todo lo que sea necesario para salvarla».

Ha transcurrido un mes y los protagonistas de este cuento están transformados, ella completamente curada, más bella y alegre que nunca, él más formal y retraído, sólo piensa en estudiar y en Alicia y se reprocha el no haberse fijado antes en aquel tesoro de virtud y hermosura, ¿qué había ocurrido? nada, que un ángel había librado a una oveja próxima a descarriarse y que lo que no habían conseguido las encopetadas damiselas del lugar lo había logrado la humilde hija de unos modestos labradores; Alicia se casaba con Arturo.

P. J.

El cisne de Recanati

Tal es el sobrenombre de Giacomo Leopardi, el poeta elegiaco más excelso de la época moderna, el cantor de la tristeza, del pesimismo práctico, no com-